

Exilios: territorios de nuevos conocimientos y experimentación de antiguas fragilidades

María Soledad Lagos Rivera

Muchas veces tendemos a pensar que los acontecimientos de una determinada nación son un fenómeno único por la magnitud y la brutalidad que en determinadas ocasiones lo acompañan. Ocurrió con el exilio de miles de chilenas y chilenos que se vieron forzados a abandonar su terruño. Esto por la sola razón de pensar distinto a lo que imponía la dictadura que de pronto rigió los destinos de todo un territorio habitado también por quienes, hasta ese momento, creían que un mundo más equitativo era posible.

Por cierto, apenas se destituyó al Presidente Allende con posterioridad al bombardeo del Palacio de La Moneda, entre quienes fueron mencionados sin demora en los siniestros “bandos” que comenzó a emitir la Junta Militar estuvieron los personeros de gobierno más odiados por la derecha chilena, como el ministro de Agricultura, Jacques Chonchol, a quien se responsabilizaba por haber llevado a efecto la Reforma Agraria, la cual, en realidad, había sido iniciada durante el gobierno anterior de Eduardo Frei Montalva (Centro de Estudios Miguel Enríquez - Archivo de Chile, 2005). Algunos, como él, lograron salir al destierro asilándose en embajadas con el predecible peligro de sus vidas y de quienes los ayudaban a llegar a esos lugares, burlando patrullajes y controles. Esas personas, anónimas en su mayoría, deberían tener algún tipo de reconocimiento público en un país sin memoria.

Uno de los casos emblemáticos de ensañamiento contra una alta autoridad de la República es el del ministro del Interior y de Defensa de Allende, José Tohá, detenido junto a varios miembros del gabinete en el Palacio de La Moneda el 11 de septiembre de 1973. Tohá fue trasladado a la Escuela Militar después, confinado a la Isla Dawson, donde fue salvajemente torturado. Luego fue trasladado, aún privado de libertad, desde un centro hospitalario a otro del país, hasta su muerte en el Hospital Militar de Santiago de Chile, en marzo de 1974. Murió con apenas 49 kilos, un hombre de 192 cm de estatura, a raíz de los apremios a los que había sido sometido. La versión oficial de la dictadura fue que se había ahorcado, lo cual tomando en cuenta su precario estado de salud resulta hasta hoy altamente improbable²⁴.

²⁴ Luego de décadas de investigaciones, se comprobó finalmente que había sido estrangulado con la participación de terceros.

Otros casos que alcanzaron gran notoriedad, debido a la brutalidad de los métodos empleados, son el atentado contra el exministro de Relaciones Exteriores, Orlando Letelier y su colaboradora Ronnie Moffitt en 1976 en Washington; el atentado contra el excomandante en jefe del Ejército, Carlos Prats y su cónyuge, Sofía Cuthbert, en 1974 en Buenos Aires. Todos ellos asesinados mediante bombas instaladas en sus autos. También resalta el atentado contra el político demócrata-cristiano Bernardo Leighton y su esposa en Roma en el año 1975. Además, se trataba de personas asesinadas en territorios extranjeros, como consecuencia de un trabajo conjunto entre agentes de la DINA/CNI y la CIA en los dos primeros casos. En el de Leighton y su señora, ellos fueron baleados en la calle, debido además a la colaboración de células internacionales de ultraderecha. Leighton quedó con daños cerebrales irreversibles y Ana María Fresno, parapléjica²⁵.

Hubo muchos nombres de todo tipo de dirigentes gremiales, sindicales y políticos que fueron mencionados en los bandos militares de la dictadura. Estos constituyeron la primera herramienta empleada por los golpistas para justificar la represión, herramienta apenas cubierta por un manto de pseudoinstitucionalidad. Se trataba de listas de personas buscadas, muchas de las cuales comparecían voluntariamente, pensando que al hacerlo cumplían con su deber ciudadano. Su ingenuidad la pagaron con largas permanencias en campos de concentración, la ejecución de humillantes trabajos forzados, torturas, desapariciones y asesinatos.

Quizás los militares y los policías del Cono Sur, formados en esos años en la Escuela de las Américas con sede en Panamá, no solo pusieron en práctica los métodos de desaparición forzada de personas ahí aprendidos, sino que perpetuaron las tradiciones de instituciones mucho más lejanas en el tiempo como la Inquisición. Incluso, propagaron los métodos explicados en detalle en museos que albergan antiguos instrumentos de tortura alrededor del mundo, aun cuando, por cierto, utilizaron avances tecnológicos inexistentes en la Edad Media o antes de ella.

Desterradas y desterrados, asesinadas y asesinados por disidencias ideológicas ha habido en diversas épocas de la historia de la humanidad. ¿Qué duda cabe? Sin embargo, la represión y el terrorismo de Estado ejercidos por las dictaduras del Cono Sur

²⁵ Para mayores detalles, véase Museo de la Memoria y de los Derechos Humanos. (6 de octubre del 2016). 41 años atentado a Bernardo Leighton. Véase además Memoria viva. (s.f.) Sofía Cuthbert Chiarleoni.

son simplemente imperdonables, en una etapa de la historia en la cual se supone que la ciudadanía del orbe ya disponía de suficiente información y de sobradas herramientas de análisis para entender que toda violación a los derechos humanos era algo inaceptable. En desconocimiento de los límites éticos, esas dictaduras se arrogaron el derecho de decretar que todos los cuerpos de quienes no comulgaran con las ideas que ellas propagaban eran cuerpos desechables. En ese sentido, es llamativa la airada defensa que actualmente hacen los partidarios y cómplices civiles de la dictadura, instalados en el Parlamento chileno, del derecho a la vida de fetos que representan un riesgo vital para las madres que los portan en sus vientres y la insistencia con que pretenden negarles por ley a esas mujeres el derecho a abortar²⁶.

Además, sorprende el grado de peligrosidad que los regímenes dictatoriales les han asignado a las artes escénicas, especialmente al teatro, dondequiera que esos regímenes hayan usurpado el poder. Asimismo, sorprende la indudable capacidad de las personas dedicadas al oficio teatral para reaccionar sin demora en forma crítica o para adelantarse a su contexto, por muy amenazante que este sea o haya sido, a través del trabajo artístico.

Imaginar la atmósfera de aquella época, sin duda, constituye un esfuerzo para quienes no la padecieron. Un periodo que implicó censores de la dictadura instalados en las salas de teatro; la medida de cierre inmediato de la carrera universitaria de Teatro durante los primeros años de la dictadura chilena; los despidos masivos de maestras y maestros; la instalación, en casi todas las universidades, de supuestos estudiantes, que eran en realidad infiltrados, dedicados a vigilar a sus compañeras y compañeros de estudios para denunciarlos o acusarlos de traición a la patria o de lo que se les ocurriera. Sin embargo, nada de ello logró amedrentar a quienes resistieron y se opusieron en forma abierta, dentro y fuera del país al brutal cambio de paradigma que significó la implantación de un régimen dictatorial, en un país que se preciaba de su cultura democrática²⁷.

²⁶ Para más información ver: ABC. (2017). El Congreso de Chile rechaza la ley del aborto contra todo pronóstico.

²⁷ No hay que olvidar que la dictadura encargó especialmente la redacción de una nueva Constitución en 1980, la cual continúa en vigor hasta hoy. Véase Memoria chilena. (2018). *Constitución política*. El resultado del plebiscito realizado el 25 de octubre de 2020 echó a andar un proceso esperanzador pero complicado para modificar la Constitución.

Asimismo, de las entrevistas efectuadas para el presente trabajo se concluye que durante el exilio costarricense de las y los artistas chilenos no desaparecieron del todo las jerarquías adquiridas y respetadas como convenciones propias de la convivencia en el país de origen. En una sociedad históricamente clasista como la chilena, algunas de las múltiples y variadas razones para intentar explicar el respeto o la inamovilidad de dichas jerarquías en el exilio costarricense pueden estar vinculadas con criterios como el origen social de cada una de las personas desterradas. Otras pueden haber estado ligadas a la cantidad de contactos dispuestos a ayudar a las y los artistas en su país de llegada y al peso real que los mismos tenían en ese nuevo territorio, aunque no se puede obviar la solidaridad internacional de personas e instituciones hasta ese momento desconocidas para quienes la recibían. Esta pudo encargarse de difuminar, poco a poco, los límites impuestos por los modelos de simbolización social y las prácticas derivadas que habían formado parte del recorrido biográfico de cada una y cada uno de los artistas chilenos que llegaron a Costa Rica.

En este sentido, no debiese asombrar en exceso el hecho de que para muchas de las personas con las que conversamos su etapa de exilio haya significado una posibilidad de poner a prueba sus talentos, sus fortalezas, pero también significó una oportunidad de probar sus propias fragilidades existenciales. Incluso permitió que a eso a lo que se le llamó el “retorno”, es decir, la reinserción posterior en el terruño en que habían nacido y vivido hasta la fecha del golpe militar, luego de años fuera del país, haya adquirido ribetes de un nuevo exilio, muchas veces más doloroso y complejo que el que les había tocado experimentar lejos de casa.

En los años de dictadura chilena se instauró un nuevo tipo de convivencia entre las y los habitantes de la nación. Ello simboliza el triunfo de un discurso ideológico, puesto que tanto quienes combatieron ese discurso como quienes, en su momento, lo detentaron continuaron con las políticas implantadas en ese período. Por esa razón, entre muchas otras, hay sectores de la sociedad que esgrimen el argumento de que los años de posdictadura solo le han otorgado legitimidad a un discurso que no la tuvo en sus orígenes. Por ello, designar como democracia al sistema de gobierno que hemos conocido desde 1990 en adelante no sería ni correcto ni adecuado.

Respecto de los diferentes tipos de exilio habría que destacar también la existencia de aquellos aparentemente voluntarios, pero que constituyeron para muchas personas la única posibilidad de ejercer disidencia activa desde la distancia. Es decir, las disidencias desde el pensamiento analítico-crítico instalado en numerosos organismos internacionales;

desde la docencia universitaria en instituciones no chilenas; desde el quehacer artístico; desde cualquier arista que permitiese un mínimo de visibilidad y, a la vez, fuese la garantía básica de estar medianamente a salvo de los organismos de inteligencia militar. Como ya se ha mencionado en estas páginas, esos organismos asesinaron a numerosas personas también muy lejos de su país, en operaciones conjuntas con otros organismos de inteligencia de las demás dictaduras militares y de la represión internacional, financiada en gran parte por la CIA. Hubo que esperar largas décadas para que la CIA desclasificara sus archivos y se supiera oficialmente que el gobierno norteamericano invirtió enormes recursos para derrocar a Allende, desde el mismísimo día de su elección. También, para revelar que aquello que los opositores a la dictadura denunciaban desde antes de 1973 y durante todos los años previos a 1990 distaba mucho de poder ser catalogado como calumnias sin asidero o fantasías de mentes afiebradas²⁸.

²⁸ Para más información ver BBC. (23 de setiembre del 2016). Chile: hacen público cable de la CIA que confirma que Augusto Pinochet ordenó el asesinato de Orlando Letelier.